

María, Reconciliadora para una vida nueva



El triunfo del Inmaculado Corazón de María que nuestra Madre anuncia en Fátima, nos recuerda los momentos de la Pascua del Señor.

Ella es firme en la Fe al pie de la cruz, firme en la Fe mientras los discípulos dudan en la desolación del Sábado Santo y firme en la Fe en el Domingo de Resurrección. Desde esa Fe inquebrantable en el Amor de Dios se convierte en madre de todos los discípulos de Jesús, les fortalece, les mantiene unidos y les consuela hasta la resurrección de Cristo, cuando el Señor vivo y triunfante regalará a la Iglesia el perdón y la reconciliación con el Padre.

Desde esa hora, María permanece con sus hijos a lo largo de la historia sosteniéndoles en la esperanza, aguardando a Jesús que ha vencido, vence y vencerá.

Así es Ella: su alegría, su premio y su corona es guiarnos hacia el Señor y unirnos a Él y entre nosotros. Es Madre.

La experiencia del Sábado Santo: la hora de la Madre

El Sábado Santo es el día de la desolación. El silencio de Dios envuelve todo de forma dramática porque **Jesús está muerto**. Los discípulos, en el cenáculo, han perdido el sentido de su vida y **miran hacia el pasado**, atrapados por el recuerdo de algo grande que creen que se ha desvanecido. Una mirada hacia el pasado sin fe, **donde no son capaces de ver las promesas de Dios que les anunciaba la resurrección**. La sensación de derrota, de decepción profunda y de fracaso anida en sus corazones, como se refleja en la conversación que mantendrán poco después con el Señor Jesús camino de Emaús.

La ausencia de Cristo les devuelve a su misma vida anodina, la que tenían antes de reconocerle a orillas del mar de Galilea, empezando a agrietarse la comunidad de apóstoles y discípulos que Jesús había creado. **Si Él está muerto... ¿qué sentido tiene la Iglesia?** ¿qué sentido tiene permanecer unidos? ¿qué sentido tiene la Fe en un muerto? No basta su mensaje, no basta lo que han visto y oído, **no basta recordar cuando Él no está**.

En medio de esta oscuridad hay una lámpara que permanece encendida: **María**. En el Sábado Santo, ayer y hoy, es Madre que cuida y nos fortalece en las cruces personales de la vida esperando que el Señor actúe y cumpla sus promesas.

¿A qué nos invita la Virgen en los momentos difíciles de la vida? Si la tentación es abandonar la Iglesia, alejarse de los hermanos y aislarse, la presencia de María nos ayuda a **permanecer**. En los "sábados santos" personales siempre hay motivos para enfriarnos con Dios y separarnos de los demás, **dejándonos llevar por la amnesia de lo bello y lo bueno compartido con Cristo y vivido en la Iglesia**: son momentos de ceguera, ofuscación, duda, tendencia a la división y al enfrentamiento, sentimientos fuertes de soledad y decepción... Lo mismo que Jesús tuvo al pie de la cruz a la Santa Madre, contemos también con Ella abrazándonos en nuestra propia cruz.

Ahí tienes a tu Madre

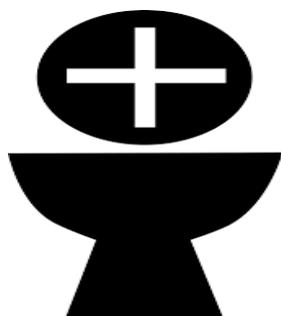
Salir del Sábado Santo: la Resurrección

El Sábado Santo no es el final sino la puerta hacia el gran día de la Resurrección. La Fe de María se convierte en una explosión de alabanza y alegría en el Domingo cuando contempla los la emoción jubilosa de los discípulos que ven y escuchan a Jesús Resucitado y acogen el primer regalo de Cristo Vivo: **el Sacramento de la Reconciliación**. Así dice el Señor en su primer encuentro con ellos: *“a quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados y a quienes se los retengáis les quedan retenidos”* (Jn 20,23). **Todo ha merecido y merece la pena.**

Si horas antes parece que la Iglesia se iba a desintegrar, la fuerza de la Resurrección de Jesús resucita el corazón de sus amigos, se buscan, se felicitan, comparten las buenas noticias y se disponen a acoger el Don del Espíritu Santo que les enviará como Familia unida en la obra de la evangelización. **Esta Iglesia sigue necesitando de una Madre** como punto de referencia para ser fieles en el seguimiento de Jesús.

¿Qué provoca en nosotros la maternidad de María?

- **Tener Madre nos devuelve a las raíces.** Los creyentes necesitamos recordar permanentemente nuestros orígenes y volver la mirada hacia la Tierra Santa, el pesebre de Belén, la casa de Nazaret, el cenáculo de Jerusalén... **Dime de dónde vienes y te diré quien eres.** La Fe no se inventa sino que nace en el acontecimiento de la muerte y resurrección del Señor Jesús, anunciado por una larga lista de testigos desde los apóstoles hasta hoy.
- **La Maternidad de María expresa el Amor de Cristo en la Pascua.** Ella es Madre porque en el monte Calvario nos recibió como hijos. Es el lugar del “nuevo parto”. Del dolor enamorado de Cristo y del suyo hemos nacido nosotros a la vida nueva de la Fe. Frente a toda tentación contra la duda sobre el Amor de Dios, María nos remite al lugar de nuestro nacimiento donde fuimos amados hasta el extremo en la entrega total del Señor.
- **La Maternidad evoca que la Iglesia es ante todo FAMILIA.** Lo primero que hace Jesús con los apóstoles al inicio de su vida pública es presentarles a su Madre. Este gesto expresa la ternura, la proximidad y la empatía preciosa del Señor: sus discípulos son llamados a ser amigos, a convertirse en su familia que tendrán a María por Madre. La Iglesia no es una fría empresa, una institución con números, proyectos y resultados; es la Familia de los hijos de Dios.
- **La Maternidad de María es señal de la unidad de la Iglesia.** *“Padre, que todos sean uno... para que el mundo crea”* (Jn 17,20). La unidad de esta Familia no es un elemento decorativo, sino que de la unidad de los creyentes depende la fuerza de la evangelización. La Pascua culmina con la escena de María, de nuevo reunida con los discípulos en el cenáculo, en la espera del Espíritu Santo que en Pentecostés regalará el don de la unidad a la Iglesia. **Esta unidad no es uniformidad**, es decir, una comunión basada en simpatías o igualdad de caracteres sino **en la acogida del Espíritu de Dios**. Allí está Ella, moviendo nuestros corazones hacia Jesús recibir de Él la unidad en la misma Fe y el mismo Amor, unidos en los lazos inquebrantables del Espíritu.



La Santa Madre, presente con los discípulos en el Cenáculo, nos habla de los tres grandes regalos que sucedieron allí: el Sacramento de la Eucaristía, el Sacramento del Perdón y el envío del Espíritu en Pentecostés. Ayer y hoy, la Iglesia nace y vive de estos tres dones de reconciliación y unidad. Por eso, a lo largo de la historia, personal y comunitaria, ponemos nuestra mirada en ese bendito lugar. El cenáculo es la referencia permanente para acoger la vida nueva de hijos de Dios y de hermanos. Fuera de este lugar el amor fraterno es ciencia-ficción.